

H  
100  
P919p

## Escuela de Filosofía

Filosofía  
Philosophy  
Philosophie

UNA  
PRAXIS  
UNA



# EL CONCEPTO DE “REVOLUCIÓN” EN JOSÉ MARTÍ

*Dr. Arnoldo Mora*  
*Prof. Pensionado UNA, UCR*

---

*Recepción diciembre 2005 • Aceptación marzo 2006*

## **Resumen**

El presente ensayo busca situar en el contexto histórico de finales del siglo XIX el aporte político, filosófico y literario de José Martí. Con Martí, no solo culmina un siglo, sino que forja un proyecto integral histórico a todos los pueblos de Nuestra América para el nuevo siglo.

**Descriptor:** Historia, política, filosofía.

## **Abstract**

This essay searches to situate in the historical context at the end of the century the political, philosophical and literary contribution of José Martí. With him ends a century and also creates an integral historical project for all the people of our America for the new century.

**Descriptor:** History, politics, philosophy.

El siglo XIX en América Latina se caracteriza por ser aquel periodo histórico en que nuestros pueblos logran la independencia de la metrópoli colonial española; pero con ello enfrentaban un nuevo reto histórico que tenía que ver con su futuro. Se lo planteó ya Bolívar al hablar de una “anfictionía” a propósito del conjunto de estas naciones, cuyo pasado histórico, político, cultural, religioso y lingüístico los hacía configurar un bloque de naciones claramente definido frente al resto de naciones del mundo, si bien con grandes diferencias entre regiones y países.

La pregunta de rigor que se imponía era: ¿y después de la independencia qué?

La respuesta podría parecer obvia: después de la independencia lo que sigue es convertir cada provincia o región del antiguo imperio español en un Estado nacional. Pero esto que aparentemente era una solución se convertía en el verdadero problema. Pues la creación de un Estado-nación implica muchas cosas: un territorio con fronteras bien definidas, una ciudad capital reconocida como tal por todos los pueblos que habitan ese territorio y un gobierno centralizado administrativa y militarmente con jurisdicción para ejercer su función en forma eficiente y real en todas esas regiones que componen el territorio nacional. Además, todo esto exige un reconocimiento diplomático por parte de la comunidad internacional.

En cuanto al proceso mismo de independencia, este periodo abarca desde el año 1805, en que se independiza el primer territorio antillano de una metrópoli colonial europea, lo cual se da cuando Haití logra independizarse de Francia, hasta la culminación victoriosa de las guerras libradas por los patriotas cubanos en contra del yugo colonial español en 1898. Con ello se libera del yugo colonial español el último territorio de Nuestra América. Como se ve, el siglo comienza en las Antillas y allí termina, pues el Mar Caribe constituye nuestra puerta de ingreso hacia el mundo exterior y la vía de comunicación hacia el Este, es decir, hacia Europa. El Mar Caribe es, asimismo, el lago que permite el enlace entre las dos grandes moles continentales, América del Norte y América del Sur.

Sin embargo, para lograr la plena independencia política y la construcción sobre bases sólidas del Estado-nación como expresión institucional de nuestra soberanía, era igualmente indispensable configurar la conciencia de nuestra identidad como latinoamericanos. Pero, como esta identidad no podía ser étnica, económica, ni política, dado el pluralismo y la diversidad de los orígenes de nuestros pueblos, lo fue cultural. En la construcción de nuestra identidad cultural se mezclaron factores ideológicos, mediante estos, los sectores oligárquicos trataban de justificar su hegemonía y legitimar un proyecto político de largo alcance, forjando un modelo de sociedad acorde con sus intereses. A pesar de eso, frente a esas supuestas soluciones siempre hubo una reacción que reivindicó con sus ideas y con la acción una solución auténticamente nuestra.

Frente a la invasión de tropas europeas o de infantes de marina norteamericanos, o la imposición de un gobierno despótico, surgió la respuesta heroica de patriotas que reivindicaron por todos los medios a su disposición, el derecho de los pueblos latinoamericanos a construir su propio destino de manera soberana.

Esto que se dio en los hechos, se manifiesta también en los movimientos culturales y en la actividad intelectual. Lo podemos ver, aun en forma somera, tanto en los movimientos literarios como en la producción en el campo de las ideas y del pensamiento. Todas estas luchas y toda la producción literaria se condensan en la revolución cultural que trae aparejado el modernismo a finales de siglo, auténtica revolución cultural, la primera de nuestra historia latinoamericana. Esta revolución modernista solo pudo hacerse al tomar los antecedentes que nos dieron la creación de un lenguaje literario y un pensamiento nuestro y, con ello, la elaboración de una sensibilidad como expresión de la búsqueda de nuestra identidad. Ahora bien, si hablamos de revolución a propósito del modernismo y su influjo posterior es porque este movimiento representa un quiebre profundo respecto al pasado, en todas las esferas de la vida intelectual: creación de un nuevo lenguaje, expresión de una nueva sensibilidad, de una nueva visión del mundo y expresión de una nueva realidad en nuestra historia.

El modernismo genera una corriente de pensamiento y una sensibilidad que tiene como objetivo y característica la de crear una nueva visión de mundo a partir de nosotros mismos y de nuestra propia realidad. Aunque, un movimiento de esta naturaleza no puede darse solo con una tendencia a expresar creativamente nuestra sensibilidad, sino que además debe mostrar una madurez intelectual y filosófica propiamente dicha. Una revolución cultural implica, no solo la eclosión de una sensibilidad original, sino también la producción de un pensamiento propio y de un pensamiento que le dé universalidad. En otras palabras, una revolución cultural no es solo la expresión de la identidad. Una revolución cultural es el salto de una conciencia colectiva propia, cuyo fin es sentirse realmente dueña de sus propias potencialidades, al asumirse un pueblo como autor de sí mismo, como autocreador.

Eso exige una dimensión de universalidad que solo la da el pensamiento. La sensibilidad expresa nuestra singularidad, nuestra identidad como única y sola. El pensamiento expresa la dimensión de universalidad, nuestra identificación con la humanidad, nuestra conciencia histórica, nuestra dimensión ética en cuanto reconocimiento del otro, en cuanto otro quienquiera que sea ese otro.

La identidad consigo mismo implica identificación con el género humano, pero el ser humano solo puede pensar mediante y gracias a las palabras. De ahí que la búsqueda de un lenguaje propio, es decir, de aquel idioma que es el vehículo con el cual expresamos nuestros sueños y lloramos nuestros muertos, gritamos las angustias y los dolores, pero también enunciamos nuestras utopías y nuestra

visión integral del mundo, es el primer paso para expresar nuestra identidad como pueblos. Una lengua es una cultura. Un idioma expresa nuestra visión del mundo, en el cual hemos creado nuestras obras literarias y en el que nos comunicamos en la vida cotidiana para manifestar nuestras grandes cosas al igual que nuestras necesidades.

La creación literaria en todos sus géneros: narrativa, teatro, poesía, es la manifestación más elevada de esta identidad cultural. Todo esto se expresa igualmente en el género propio del pensar, en el vehículo en la literatura de ideas, en el ensayo. El movimiento modernista fue rico en producción ensayística, eso lo convierte en el vehículo por antonomasia de la expresión de las ideas personales, de las opiniones debidamente razonadas de un autor, sobre todo si son novedosas o polémicas; ideas que abarcan el campo de lo filosófico, político, religioso, estético, etc. Estas opiniones teóricas son expuestas en el ensayo, envueltas en un estilo literario de manera brillante, y marcado por la subjetividad de su autor. Algunos ensayistas notables durante la revolución cultural que produjo el movimiento modernista fueron: José Martí y Rubén Darío.

Como antecedente del movimiento modernista de finales del siglo XIX, debemos mencionar el aporte de quienes deben ser considerados como sus precursores. Nos referimos al pedagogo y pensador Simón Rodríguez, mentor del Libertador; y al gramático, filósofo, educador y poeta Andrés Bello. Compatriotas del libertador Simón Bolívar y contemporáneos de la gesta heroica de este, ambos viven y comprenden las causas del fracaso del proyecto político del mismo. Bolívar logró la emancipación de nuestros pueblos del yugo colonial español, fue el artífice y líder militar por excelencia de la gesta libertaria. Sin embargo, su utopía no cuajó lo que amargó sus últimos días, llevándolo a una muerte, no solo prematura, sino que también lo sumió en una amarga decepción. Ambos comprendieron que el fracaso político del Libertador, que contrastaba con su impresionante e histórico éxito en el campo militar, tenía razones y explicaciones.

Mientras no se combatieran esas causas, los deletéreos efectos en el campo político se prolongarían con su nefasta secuela de guerras intestinas y regionales, con el caos y el retroceso material y político de esos mismos pueblos. Ambos comprendieron que la creación de los Estados nacionales modernos y, sobre todo, la concreción de la unidad política de todas esas vastas regiones que componían el antiguo imperio español, no podía darse si no se realizaban ciertas condiciones. Una de ellas, y no la menor, era la toma de conciencia de

nuestra identidad cultural. Teníamos un mismo origen histórico, las mismas raíces culturales, veníamos de un pasado común. Es de allí, donde había que partir para lograr la unidad de esa soñada anfictionía que Bolívar no pudo realizar.

Se había fracasado en lo político, por eso había que comenzar por la reivindicación de la originalidad y creatividad nuestra en lo cultural. Y lo cultural es, en primer lugar, una lengua común. Una lengua no es solo, aunque sí lo es en primer lugar, una manera de hablar, sino con igual fuerza, una manera de ser y darse en el mundo, una manera de ver las cosas, una visión de mundo y una sensibilidad. Por eso había que comenzar, como lo había previsto tan lúcidamente Simón Rodríguez, por educar a estos pueblos. Pero educar no es imponer desde fuera y por la fuerza un conjunto de valores y de destrezas, sino un proceso que implica partir de lo que los educandos son. La educación es desarrollar y cultivar lo que ya se tiene, con el fin de tomar conciencia de nuestro propio valer y nuestra propia capacidad creadora. Si la lucha militar nos libra del yugo exterior, la educación nos libera desde dentro, nos hace sentirnos libres y vivir como tales. Sin educación no hay liberación o más exactamente, la política y, sobre todo, las armas nos dan la liberación exterior, pero solo la educación y el autodesarrollo de nuestros propios valores culturales y espirituales nos hacen verdaderamente libres.

Libertad interior y liberación exterior van de la mano. Pero ambas constituyen una misma realidad humana, son facetas o dimensiones de un mismo proceso, aquel que conduce a la plena madurez de un pueblo. Por eso, una vez lograda la liberación mediante las armas, ahora lo que correspondía era emprender otra tarea, menos espectacular pero igualmente indispensable y patriótica: la de hacer que nuestros pueblos se eduquen, tomen conciencia de sus propios valores culturales. Y esto se logra mediante la ciencia. Para ello, el científico debe tener una visión integral del ser humano.

El hombre no es solo la realidad objetiva, sino también un mundo subjetivo, tan rico y complejo como la realidad exterior que lo constituye. El hombre crea la cultura, pero esta, a su vez, lo determina, define su Ser y su manera de ser en el mundo. El hombre es un animal cultural. Y si la lengua es el factor cultural por excelencia, solo estudiando su lengua podemos penetrar en el ser del hombre, no en general, sino de este ser humano en concreto, en nuestro caso, del ser humano que es el hombre latinoamericano. La observación rigurosa del fenómeno lingüístico, la manera cómo hablamos, nos puede ayudar a conocernos como seres que poseemos una cultura específica, una manera de

ser que nos distingue entre los otros pueblos y nos hermana, al mismo tiempo que nos diferencia de los demás pueblos que, junto a los nuestros, componen la gran familia humana. El conocimiento de nuestra identidad cultural, de nuestras maneras de hablar, de nuestra lengua nos da la conciencia de nuestra libertad y nos aúna, nos hermana tanto más que cualquier intento político de unificación o de construcción de una unidad política.

El hablar, como lo señala Sartre, es lo propio de seres libres. El esclavo, el dependiente, el súbdito, o quien debe obedecer ciegamente, siempre calla ante su superior; el silencio es signo de subordinación, de pérdida de la libertad, de ausencia de capacidad de decidir por sí y ante sí. La palabra libera. Por eso la palabra es el ámbito de la racionalidad teórica y de la acción política. De ahí que la labor de Simón Rodríguez y de Bello, al emancipar nuestra lengua, al asignar a las instituciones educativas la función de pensar y de estudiar nuestra realidad, tanto material, histórica y social, como en los valores culturales y espirituales, logra una emancipación que fue tan trascendente históricamente hablando para nuestros pueblos, como fue la gesta libertaria de la opresión política, cuya máxima expresión se simboliza y concreta en la gesta de Bolívar.

Sin embargo, había una laguna grave que Bolívar no fue capaz de subsanar aunque sí de prever. Durante todo el siglo XIX y luego de nuestra independencia, como hemos señalado, la tarea histórica que correspondía a nuestros pueblos cumplir era la de construir el Estado nacional. En eso la mayoría de nuestros pueblos, fallaron. El caos llevó al caudillismo y a las dictaduras, a guerras civiles interminables mientras la creación del Estado nacional se hacía imprescindible.

Las cosas habían cambiado en el mundo. En Europa la Guerra Francoprusiana provocó una ola generalizada de nacionalismo como ideología política, originada en el expansionismo imperial en el caso de Prusia, o de legítima defensa de la identidad cultural, en el caso de Francia. Las ideas socialistas tuvieron la posibilidad de pasar de los libros y de los cenáculos ideológicos más radicalizados a los hechos, gracias a la Comuna de París, y llegó a abarcar el campo de la estética literaria con el naturalismo de Emile Zola. En cuanto a España, el inmovilismo se superaba y comenzaba a modernizarse gracias a la educación. El krausismo emprendió la tarea de revolucionar integralmente la anquilosada sociedad española mediante una filosofía inspirada en el idealismo alemán y nuevas metodologías pedagógicas. La novela histórica con Benito Pérez Galdós tenía su más alta expresión que anunciaba un nuevo impulso a las letras peninsulares.

Todo este movimiento de hechos e ideas repercutía en los medios intelectuales y políticos de Nuestra América en las últimas décadas de un siglo, que dejaba más interrogantes y desafíos que respuestas y soluciones. El siglo avanzaba y América Latina tenía una deuda pendiente que constituía una especie de espina histórica: en el Caribe todavía las grandes Antillas seguían siendo colonias de España. Bolívar no había terminado sus obras o, como dirá Martí a finales de siglo, “todavía tenía Bolívar muchas cosas que hacer en nuestras tierras”. Es por eso que en 1868, tres años después de la muerte de Bello, estalla la Primera Guerra o Guerra de los Diez Años que, bajo las órdenes de Carlos Manuel de Céspedes, busca la independencia de Cuba. Diez años después Céspedes capitula. Los hechos habían demostrado y se hacía evidente que un tipo de campaña como la que había ideado Bolívar a principios de siglo, ya no era viable.

El colonialismo español, aleccionado por la derrota anterior inflija por Bolívar y concentrado ahora en un pequeño territorio, pero de gran importancia estratégica y económica para España, podía resolver con éxito la guerra. Las causas de la derrota fueron, sobre todo, políticas y en particular, ideológicas. Con emancipar a los esclavos negros y a los sectores más pobres del sector agrícola, Bolívar había logrado socavar las bases del Estado colonial. Esto mismo hizo Céspedes, pero no le bastó. En Cuba se había desarrollado una clase media culta. Se requería algo más que crear un ejército. Además, las consecuencias de esta concepción de origen bolivariano de la independencia habían permitido que los generales de los ejércitos libertarios asumieran el poder como si fuera un botín de guerra, por lo que se convertían en dictadores.

Es por eso, que los sectores medios urbanos de sólida formación intelectual van ahora a jugar un papel decisivo. Su hora había llegado y dejarían una huella que cambiaría la historia en los finales del siglo XIX.

Con ello, se abrían las puertas de un nuevo siglo, donde los partidos políticos habrían de jugar un papel decisivo en la vida política de nuestros pueblos, junto o sustituyendo a los ejércitos tradicionales. La figura que expresó en forma superlativa estas nuevas realidades, fue el intelectual cubano José Martí (1895). Martí revoluciona todo, tanto las letras por ser uno de los creadores de la estética modernista, como la política al lanzar una campaña ideológico-militar de liberación contra el yugo colonial; no creando, como punto de partida, un ejército, sino fundando un partido al que llama “Revolucionario”, el cual se encargaría de organizar un ejército poniendo a la cabeza del mismo al gran estratega y patriota Generalísimo Máximo Gómez, pero subordinado políticamente al partido revolucionario. Además, Martí lleva a cabo una



ingente labor ideológica antes de emprender la lucha armada, definiéndola y teniendo como tarea prioritaria para lograr tan nobles como insólitas metas en nuestro medio y en esa época, la educación gratuita y universal como tarea a cumplir por todo el pueblo luego de la independencia.

Para Martí, en esta lucha no se trata solamente de romper las cadenas de la dominación colonial. Es necesario saber lo que se debe hacer después del triunfo libertario. La concepción de Martí incluye como eje del nuevo Estado la justicia social, la igualdad entre todos los ciudadanos; la cual hace que no haya discriminación de ninguna especie, ni racial, cosa muy importante en Cuba donde la población negra o mulata es muy grande, ni de orden cultural. Toda esa concepción del Estado y su realización se funda en la educación. La educación debe partir de la realidad o entorno nacional, cosa que, como hemos visto, ya había defendido Simón Rodríguez y Andrés Bello. Sin embargo, lo verdaderamente novedoso en Martí y que va a marcar como su máximo aporte al pensamiento latinoamericano, va a ser su concepto de “revolución”. Para Martí, la revolución es ciertamente política, económica y cultural, pero todo eso se funda en una concepción eminentemente axiológica. Se trata de crear un hombre nuevo, “real o natural” como dice Martí.

La idea de dar prioridad en la lucha libertaria al concepto de “revolución” es debido a que Martí concibe esa lucha, no solo porque rompe las cadenas exteriores, sino porque induce y supone un cambio inspirado en una nueva visión de las cosas, una nueva escala de valores, donde ideas como solidaridad y justicia son el eje de todo.

La independencia y la liberación del colonialismo solo tienen sentido si producen un cambio revolucionario, pero un proceso político únicamente merece el calificativo de “revolucionario” si es ético. De nada sirve todo lo demás, si no hay una profunda transformación en la escala de valores que debe regir nuestras vidas personales y la vida de la sociedad, no solo en lo privado de todos, pero sí especialmente de los dirigentes políticos, en la conducción de la vida pública.

Esta visión axiológica elevada comienza por una opción patriótica. Pero patria es, ante todo, el pueblo sencillo, su cultura, su manera de ser. Es responsabilidad del intelectual frente a todos los otros sectores de la sociedad, adherir a esta patria de todos, a esta patria del hombre sencillo, “natural” como lo llama Martí, cuyos valores son mejores que los oropeles que vienen de fuera. Martí lo dice en textos como el siguiente:

¿En qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repú-

blicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? (*Nuestra América*, Ariel, Barcelona, 1973, 2da. ed., pág. 15).

Detrás de toda esta concepción hay una polémica sorda, pero no menos real, con concepciones, tales como las formuladas por Sarmiento en la generación anterior y muy difundida en los medios intelectuales latinoamericanos. Sarmiento hablaba de civilización y barbarie. Martí invierte el juicio de valores. Barbarie es el señorito que, so capa de cultura, desprecia los valores superiores, tiene un complejo de inferioridad respecto de su propio país y desprecia a sus habitantes por ser humildes. La civilización, por el contrario, está en el “hombre natural”, es decir, en aquel que es solidario con los suyos, sobre todo si son los más humildes. Martí lo dice claramente en textos como el siguiente:

No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, dice Martí, en una evocación de Rousseau, acata y pondera la inteligencia superior, mientras ésta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural dispuesto a recobrar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés (pág. 16).

Este cambio debe reflejarse en la educación y en el concepto de democracia, es decir, implica una concepción política integral. Por democracia Martí entiende en estos términos:

El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país (pág. 16).

Esto únicamente se logra si vemos en la lucha por la independencia algo más que una liberación política; se trata de un cambio integral, de una nueva escala de valores que debe reformar nuestras vidas, nuestra sensibilidad. Martí lo dice en una fórmula de gran belleza: “El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu” (pág. 19), lo cual supone un nuevo orden desde sus bases. No es un proceso natural, sino un acto liberador, un acto racionalmente lúcido y libremente asumido, una opción integral de solidaridad con los oprimidos, con los pueblos sencillos.

Martí, en una frase que se ha hecho célebre: “Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores” (pág. 19). Martí no es pesimista. Su lucha está henchida de entusiasmo, su acción es animada por el optimismo que inspira una visión utópica. En las luchas de nuestros pueblos Martí, más que una agonía o una cruenta inmolación, ve los dolores de parto de un hombre nuevo o “real” como él lo califica. Estas son sus palabras:

Estos países se levantarán porque con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a las lecturas de tanteo y falansterio de que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real (pág. 20).

Para ello se requiere innovar, crear. No basta destruir el pasado colonial o combatir los falsos valores, los oropeles de quienes se visten de ropas ajenas por vergüenza a los propios y con desconocimiento de lo que es nuestro. Si somos un continente nuevo, un “nuevo mundo”, debemos hacer honor a este calificativo. Ahora bien, solo es nuevo si innovamos, si creamos, si superamos la tendencia a imitar y tomamos lo de fuera pero con el fin, no de copiarlo sino de asumir con criterio propio lo que es bueno. He aquí sus hermosas y conocidas palabras: “Crear es la palabra de pase de esta generación. El vino de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino!” (pág. 21). Y esto comienza por el régimen político. Se debe gobernar de manera diferente, adaptado a nuestra idiosincrasia, asumiendo los retos y problemas que son los nuestros y dando respuestas originales, surgidas de nuestra capacidad de crear y de nuestra identificación con los valores del pueblo. Martí lo dice con estas palabras:

Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad, para ser viable, tienen que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república (pág. 21).

Para Martí la revolución no es solo política. También abarca lo estético, es decir, la creación literaria. La emancipación de la palabra es símbolo o expresión de la emancipación del ser humano. Ser dueño de la palabra en un individuo, es ser dueño de sí mismo, es ser libre y reconocido como tal por el otro, pues la palabra, como dice Sartre, es un acto intencional, es decir, supone un interlocutor. La palabra es comunicación, es frente a un tú que el yo se

expresa a través de la palabra. Hablar, por ende, crea comunidad, nos hace y posibilita que uno sea para el otro, construye humanidad, nos constituye como humanos. Es por eso que la creación literaria no puede estar ajena al devenir de la comunidad como un todo y en cuyo seno se desarrolla.

La literatura es la expresión más alta de la creatividad que, a través de la palabra, desarrolla una sociedad dada en un momento dado de su historia. Crear es, al mismo tiempo, crearse, darse su existencia humana, ser uno mismo, es decir, construir su identidad. Pero en la cultura occidental y desde sus orígenes griegos, la creación literaria supone e implica una justificación teórica, un logos que le da su autoconciencia y su legitimidad. Esta es la función de la estética. Una nueva corriente estética que surge en el seno de una comunidad significa que esta ha cambiado de sensibilidad, que se ha gestado en su seno una nueva visión de mundo, una nueva escala de valores.

Normalmente las estéticas, como todas las concepciones filosóficas o teóricas, surgen como la reacción de una nueva generación frente a la generación de sus padres, frente a la generación anterior. Una nueva estética implica, por ende, una actitud crítica, un distanciamiento respecto del pasado inmediato que, de alguna manera, también es una reivindicación o retorno a un pasado anterior que fue rechazado por la generación inmediatamente precedente. Así, lo nuevo incorpora lo viejo, la cadena de continuidad en el tiempo histórico permite la construcción de identidad, pero el nivel de innovación de una nueva estética puede variar según sea el desarrollo de una determinada comunidad en cuyo seno se gesta esa nueva estética. Lo novedoso puede darse como reacción al orden establecido, pero sin que se cuestionen sus fundamentos. Simplemente se hacen evidentes las limitaciones del mismo, aunque de alguna manera los prolonga. Por el contrario, una nueva estética puede ser un cuestionamiento total del orden establecido y el establecimiento de un nuevo orden radicalmente diferente; en cuyo caso podemos hablar de una revolución cultural.

En la cultura occidental moderna dos son las grandes revoluciones culturales que se han dado: la del Renacimiento, que significó la emancipación de la tutela de la iglesia con el derrumbe del orden feudal desde mediados del siglo XIV y el ascenso, a través de los siglos siguientes, de la burguesía mercantil precapitalista. La otra gran revolución cultural de Occidente es la revolución que trajo aparejado el movimiento romántico desde finales del siglo XVIII. Con el Renacimiento nació la época moderna; con el romanticismo nació la edad contemporánea. En la edad moderna y al calor de las revoluciones liberales, surgen los Estados nacionales cuya culminación es la promulgación del derecho civil (1804) dentro del contexto de la Revolución Francesa.

Es dentro de este contexto y como fin de un imperio que provenía de otras épocas y, por ende, aparecía como anacrónico dentro de este contexto histórico, que se da la emancipación de nuestros países y nuestra independencia. Es dentro de este contexto, igualmente, que nuestros países deben construir, durante todo el siglo XIX y en no pocos casos, aun bien avanzado el siglo XX, los Estados nacionales. En América Latina, esta tarea histórica debe darse dentro de un marco de dependencia de las grandes potencias que basan su poder en su superioridad científica y tecnológica, expresada políticamente en la revolución industrial. Nuestros países siguen siendo dependientes. Sin embargo, la construcción y elaboración de los Estados nacionales dentro de este contexto, implica un acto de soberanía, libertad colectiva y autoafirmación.

Dentro de este contexto, el Romanticismo y su estética que suponía una actitud de rebeldía individualista, solitaria, si bien totalmente justificada, no podía producir en nuestro medio de países que todavía no tenían sus Estados nacionales y que, para lograrlos, debían irrumpir en un orden internacional que los relegaba como zonas periféricas y dependientes, el romanticismo solo podía constituir un grito de protesta, un acto individual aunque legítimo, de rebeldía. Fue más un despertar de la conciencia, una voluntad y un empeño que rebelaba la impotencia ante un orden oligárquico, el cual ahogaba la creatividad de las minorías letradas, pero la toleraba como un entretenimiento. Sin embargo, en su misma naturaleza filosófica, el romanticismo de los países industrializados era otra cosa: era una auténtica protesta, por lo que muy pronto da origen a la otra corriente estética: el realismo social que crea la novela moderna. El realismo denuncia la injusticia, critica el nuevo orden burgués, se convierte en la conciencia lúcida y denunciante de los ideales utópicos convertidos tan solo en falsas conciencias que construyen discursos ideológicos para tratar de justificar lo injustificable.

En América Latina, la situación es otra. Aquí no ha habido revolución industrial. La independencia no ha significado emancipación total, pues la dependencia con otras formas de dominación continuaban. El retiro de la presencia colonial española y el debilitamiento desde finales de siglo de la dominación imperial británica, solo significó la emergencia de un nuevo imperialismo, el norteamericano, que se ha manifestado en su forma más agresiva en la usurpación de la mitad del territorio mexicano y en la invasión filibustera a Centroamérica. Todo esto es legitimado por una doctrina o ideología política enunciada desde inicios del siglo XIX por el gobierno norteamericano y que ha guiado toda su política exterior hacia Latinoamérica: la Doctrina Monroe.



La plena emancipación de la dominación colonial en estas tierras, aún no se ha dado, ni la construcción de los Estados nacionales en aquellos países que habiendo logrado la independencia, todavía no habían sido capaces de construir el Estado nacional. La región que más intensamente y de manera más trágica vivió estas situaciones fue la Cuenca del Caribe. Se trata de la región que geográficamente es la puerta hacia el mundo exterior, en el Este hacia Europa y en el Norte hacia los Estados Unidos. Es dentro de este contexto que corresponde llevar a buen término la tarea histórica de la emancipación del régimen colonial y que se debe construir el Estado nacional que los intelectuales de las últimas décadas del siglo XIX, deben afrontar como su reto y su misión en ese momento histórico que les corresponde vivir.

Es aquí donde surge la primera y auténtica revolución cultural de Nuestra América, el modernismo. Nacido de nuestras entrañas, de la evolución y desarrollo de nuestra historia política. Por primera vez no se trata de una creatividad parcial o inspirada en otras corrientes estéticas surgidas en otras latitudes y dentro de otro contexto histórico y cultural, como eran aquellas que se inspiraban en corrientes estéticas nacidas en Europa, como venía sucediendo hasta entonces. Por primera vez con el modernismo los pueblos latinoamericanos, concretamente, los ribereños del Mar Caribe, tomaban la palabra que no era la de otro, sino que era la propia desde sus orígenes.

El modernismo va a irrumpir como la primera gran estética latinoamericana que es reconocida internacionalmente, va a revolucionar incluso la lírica española peninsular y nos va a poner a la altura de la más innovadora creatividad de los países europeos. No se trata de mutuas influencias, sino de movimientos que surgen al mismo tiempo, pero dentro de contextos diferentes y que tienen, por ende, connotaciones y resultados diferentes. Para los europeos se trata tan solo de una revolución en el lenguaje poético, para nosotros se trata de nuestra primera revolución cultural, que culmina una etapa histórica y abre las puertas hacia otra, un siglo XIX que no termina aún de construir los Estados nacionales; un siglo XX que está a las puertas y trae consigo como su gran novedad, las grandes revoluciones sociales, comenzando con la Revolución Mexicana a partir de 1910. Es el tránsito de un siglo a otro, pero más el tránsito de una época a otra.

Como discurso integrador de ese cambio vertiginoso está el modernismo. Estética original e ideología revolucionaria que conserva del Romanticismo europeo su voluntad de compromiso político, y del realismo su conciencia denunciante y crítica. Pero es, ante todo, la expresión literaria y estética del nacionalismo latinoamericanista, como ideología revolucionaria que enfrenta



al naciente imperialismo norteamericano durante la última década del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. El nacionalismo que lo acompaña y lo inspira es el movimiento ideológico que, en toda América Latina promueve vientos revolucionarios.

Es dentro de este contexto que surge una nueva estética que se constituyó en nuestra historia como la primera revolución cultural. El Modernismo, nacido como un nuevo lenguaje poético en la pluma de jóvenes creadores como José Martí de Cuba y el poeta mexicano Gutiérrez Nájera, solo llega a su plenitud creativa y a su reconocimiento mundial en la historia de la literatura universal y, con ello, ocupa un lugar único con el aporte invaluable del poeta nicaragüense Rubén Darío, quien se consideraba a sí mismo discípulo de Martí, a quien veneró siempre como a su maestro. Martí, por su parte, no ocultó su aprecio por el joven vate nicaragüense, a quien siempre alentó, aunque su actitud frente a la poesía y a la literatura en general fue diferente, porque ambos asumieron su misión en la vida de manera distinta.

Para Martí, la creación literaria fue siempre importante en su vida, lo acompañó incluso en los momentos más dramáticos. Martí cultivó todos los géneros literarios, pero donde más se destacó fue en la literatura de circunstancias, que expresó en el ensayo periodístico, en el ensayo en torno a debates políticos y en el discurso retórico, lo mismo que en su abundante y multifacética correspondencia. Fue siempre un creador, pero a menudo subordinó su indiscutible talento literario y sus sobresalientes dotes de oratorias al objetivo que se trazó en su vida: la emancipación de su patria y la construcción de un Estado nacional de nuevo cuño, basado en la igualdad social y étnica, en una educación que prioriza el estudio de nuestra realidad nacional y latinoamericana, pero basada en la ciencia y la crítica, todo dentro de un contexto de fraternidad y solidaridad latinoamericanista.

## **BIBLIOGRAFÍA**

MARTÍ, José: *José Martí* (prólogo: FERNÁNDEZ Retamar, Roberto. Selección y notas: CHASE, Alfonso y MESÉN, Dennis), Departamento de Publicaciones, Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes, San José, 1976.

MARTÍ, José: *Nuestra América* (prólogo: FONTANA, Joseph), Ariel, Barcelona, 1973, 2ª ed.

MORA Rodríguez, Arnoldo: *La identidad de Nuestra América*, Cuadernos Prometeo 22, Universidad Nacional, Heredia, 2001.

MORA Rodríguez, Arnoldo: *La filosofía latinoamericana*, EUNED, San José, 2006.

